

CUASIMODO

MAGAZINE INTERAMERICANO

No. 4

PANAMA, R. DE P., OCTUBRE DE 1919

TOMO II

CONTENIDO

	Página		Página
LOS GRANDES ASUNTOS DEL DIA.—	3	DE COLABORACION.—	
Política inglesa.—Lloyd George en el trapecio.—La crisis carbonera.—La ley de las 48 horas.—Los altos precios.—Política extranjera	3 y 4	Notas críticas acerca de Ramón Pérez de Ayala, por Carlota Matienzo	33
Actitud sensacional de un Teniente Coronel inglés	5	El movimiento social en España, por J. M. Blázquez de Pedro	34
Inglaterra en Persia.—Colosal tajada..	5	ARTE Y LETRAS	
La excursión oratoria de Wilson . . .	8	La huelga de los actores	43
Contraofensiva de los republicanos.— Otro senador que se declara en contra de Wilson	10	Los instrumentos de música	45
La ruina del Austria-alemana	11	La excéntrica personalidad de Oscar Hammerstein	45
La invasión rumana	12	El problema de la verdad en el periodismo	45
Sensacionales declaraciones de Bullit en el Senado americano	13	Una gran novela de Wells	46
Los estudiantes del Perú	16	Noble actitud de Tagore	50
Rumania hace un negocio del bolshhevismo	16	Una proclama de Romain Rolland . .	51
La prensa japonesa y las atrocidades en Corea	17	TRABAJOS NOTABLES: —	
La agitación obrera en el Japón . .	18	El niño y el hogar, por el Dr. Liber	53
Otra gran derrota del Gobierno inglés	18	Una carta al senador Borah sobre los tratados secretos y Mr. Wilson, por Amos Pinchot	56
El manifiesto de Lloyd George	19	Luz sobre Rusia al fin, por Frank Harvius	60
Cummins contra Plumb	19	Manifiesto de Lenine	63
La prensa radical y la intervención en Méjico	21	Carta abierta al Presidente Wilson, por Joseph W. Sharts	66
Bueno para Italia y malo para Austria	22	ACTUACION DE LA MUJER MODERNA.—	70
El caso de Fiume	22	NOTICIAS DEL MUNDO CIENTIFICO.	75
NUESTROS PROFESORES DE IDEALISMO EN AMERICA.—		Ciencias ocultas, por Federico Calvo	75
Sarmiento, tipo del intelectual completo, por Julio R. Barcos	23	Lo que debe ser la educación física, por Esther N. de Calvo	76
FIGURAS DEL PROSCENIO.—		AQUILATAACIONES.—	
Fisher; el único intelectual en la política inglesa	26	La leyenda benaventina.—«La noche del sábado», por Nemesio Canales	80
Denikin; la esperanza de los aliados	28	NOTAS PANAMEÑAS, por J. D. Moscote	85
Hays; líder republicano en los E. U.	30	Vendimia poética	91
		Guijas y Guiños	96

VALGA LA ACLARACION

El hecho de que demos cabida en este periódico a artículos de colaboración no significa en manera alguna que hacemos nuestras las ideas de la persona que firma.

CARLOTA MATIENZO ROMAN.—Reproducimos lo que dice de ella la revista puertorriqueña "La Mujer del Siglo XX": "En este verano ha tomado un curso de Literatura Española Contemporánea en la Universidad de Columbia de New York a cargo de la eminente literata española señorita María de Maeztú.

El brillante trabajo crítico de la señorita Matienzo, acerca de la obra de Pérez de Ayala "A mayor gloria de Dios" mereció la más alta calificación entre los de la clase, y sabemos que la señorita Maeztú piensa publicarlo en uno de los mejores periódicos de España.

Felicitemos a nuestra amiga y valiosa colaboradora de esta revista, por el éxito alcanzado, que no nos sorprende, pues que conocemos bien la alta mentalidad de Carlota y su inquebrantable perseverancia como estudiante".

Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

Política inglesa.—Lloyd George en el trapicio

EL Parlamento inglés suspendió sus sesiones, para las vacaciones de verano, el día 19 de Agosto, y aunque Lloyd George hizo toda clase de esfuerzos para que la clausura resultara solemne y sonada, quemando su último cartucho en un largo discurso de fin de acto, es el caso que la temperatura parlamentaria siguió tan baja como antes, a juzgar por los principales diarios londinenses.

Con su astucia de siempre, Lloyd George trató de desvirtuar las críticas que se vienen haciendo de su vacilante y tortuosa política, apelando a un golpe de efecto teatral, ya usado por él otras veces, consistente en dar un grito de alarma y en llamar a todo el país a su lado para evitar la catástrofe inminente. Manifestó patéticamente que toda la nación, patrones y obreros, gobernantes y gobernados, está sufriendo las terribles consecuencias de la guerra y que el único remedio estaba en unirse todos para auventar la producción y conjurar la crisis.

El golpe de efecto fué muy hábil, pero esta vez no hizo la impresión esperada. La mayor parte de las personas que se apresuraron a tomar sitio para poder oír, sin perder palabra, sus explicaciones, no ocultaron su decepción al ver que nada dijo que hiciera claro el motivo por el cual Inglaterra está todavía peleando contra los bolshevikis, sin embargo de no haber admitido nunca que esté en guerra con Rusia; ni tampoco por qué Inglaterra ha hecho de Persia otro Egipto, aunque insistentemente manifestó durante la guerra que no había entrado en la contienda con miras de ganancias territoriales ni comerciales; ni lo que iba a hacer ella—Inglaterra—para cubrir sus gastos, de más de 21 millones de dólares por día, con una renta diaria que escasamente llega a 10 millones. No tocó tampoco ni con un leve roce de alas la apremiante cuestión de Irlanda, acerca de la cual no hubo ni una palabra en todo el discurso, ni presentó, en fin,

ningún plan concreto para la solución de problema tan grave y apremiante como la falta de empleo, carencia de habitaciones para los pobres e intranquilidad y agitación obrera creciente en todo el país.

La crisis carbonera

No hay duda de que el asunto del carbón es la llave de todo el problema industrial inglés. Pues bien, en este asunto la actitud de Lloyd George se considera como la más desdichada que ha asumido en toda su actuación política de estos últimos tiempos. Se recordará que para resolver el conflicto planteado entre los mineros dueños y los mineros trabajadores, por iniciativa del mismo Gobierno se nombró una Comisión, donde estuviesen representados ambos elementos, que estudiase a fondo la cuestión y presentase un plan. Y ahora, después que la Comisión emitió su dictamen, el mismo Lloyd George, que tanto había hecho para constituirla, pasó por encima del informe y plan de la mayoría y adoptó casi por completo el informe disidente de un solo miembro de dicha Comisión, Sir A. Duckham, proponiendo que, en vez de la nacionalización total de las minas de carbón aconsejada por la Comisión, se proceda a expropiar, no a todos los dueños de las minas, sino simplemente a los que usufructúan ciertas franquicias reales para la explotación de aquellas.

El plan del Gobierno no ha satisfecho ni siquiera a los dueños de minas, pues el más importante de ellos, que es el duque de Northumberland, ha declarado públicamente que él se opondrá a toda ley para la compra por el Gobierno de los derechos mineros, por considerar esto como un paso hacia la nacionalización y por creer que esta nacionalización no pararía en las minas. Y es claro que tampoco han quedado satisfechos los mineros trabajadores, que saben perfectamente que sólo un bien concebido plan de nacionalización pondría fin al actual desequilibrio y aseguraría el incremento de producción que todos consideran esencial.

Como un miembro del Parlamento, Frank Hodges, ha manifestado en una entrevista reciente: "un estadista que desconoce la actitud mental de los trabajadores, pierde de vista el más importante factor del problema." El resultado, pues, de la frívola manera como Lloyd George ha tratado tan trascendental asunto, no será otro que el de dar mayores vuelos y más peligrosa virulencia a la campaña en pro de la nacionalización, que ya empieza a presentar de nuevo peligrosos síntomas de tender a una huelga general, como el único recurso eficaz contra la obstinación gubernamental.

La ley de las 48 horas

Precisamente unos días antes de la clausura, dos leyes muy importantes fueron presentadas por el Gobierno, con el fin de dar efecto a las recomendaciones del Congreso Industrial que termina sus sesiones en marzo de este año.

Estas medidas, muy demoradas por cierto, abarcan dos extremos importantes. Una se refiere a la fijación de la semana de trabajo de 48 horas, y otra a la fijación de salario mínimo para todos los obreros, de acuerdo con lo que determinen ciertas comisiones nombradas con tal fin.

Pero ha extrañado y disgustado mucho el hecho de que no se incluya bajo las leyes propuestas a los trabajadores en las propiedades agrícolas, no obstante estar éstos comprendidos entre las recomendaciones del reciente y famoso Congreso Industrial. El Gobierno se opone tenazmente a todo lo que signifique el considerar comprendido dentro del problema de la agitación obrera actual la tenencia de tierras, y como los obreros ven en esto una parcialidad decidida en favor de los grandes terratenientes, el efecto de lo omitido destruye totalmente en el ánimo de ellos la buena impresión de lo concedido.

El alto precio y el agiotaje

También se aprobó una ley que hace relación a este problema. Pero esta ley sólo estará en vigor por seis semanas y se cuida muy bien, además, de no meterse con los trusts ni monopolios que engordan sobre el país.

El partido laborista logró la inclusión en dicha ley de una cláusula por la que se hace al Presidente y Junta Directiva de las compañías responsables penalmente de los manejos agiotistas de éstas. (Esta cláusula la consideró Lord Robert Cecil como bolshevista). También lograron los obreros que se fa-

cultara a la Junta de Comercio (Board of Trade) a conceder permiso a los municipios para efectuar operaciones de comercio.

Nadie, ni chico ni grande, ha tomado esta ley en serio. Nadie espera de ella que logre nada en el sentido de bajar los precios, que suben cada día más alarmantemente.

Política extranjera

Pero donde el descontento político contra el actual Gobierno es mayor, es en lo que afecta a la conducta observada en nombre de Inglaterra con la desventurada Hungría. No hay liberal inglés de buena fe que no se sienta indignado ante la invasión rumanana en Hungría, con los bárbaros, sanguinarios procedimientos de éstos en Budapest y con toda la serie de calamidades que desencadenó sobre aquel país la diplomacia aliada, en su empeño reaccionario de derrocar a Bela Kun, sin arredrarse ni siquiera ante la vergonzosa posibilidad de entronizar de nuevo a la odiada rama de los Hapsburgos, o a los voraces rumanos, que sería peor.

También se ataca duramente al Gobierno por su política con respecto a Persia. La prensa liberal y radical sostiene que Inglaterra actuó independientemente de los aliados al desoír las manifestaciones de la delegación persa en París y proceder al establecimiento en aquel país de otro protectorado inglés por el estilo del de Egipto. El «Daily Herald» hablando de este asunto en un reciente editorial dice: "Nuestra primera objeción a esta política se basa en que es malvada. Nuestra segunda objeción es que es peligrosa y ruinosa."

Con respecto a la India, hace algún tiempo que se nombró una Comisión Parlamentaria Conjunta para dictaminar sobre la «Ley de Reformas para la India». Ante esta Comisión compareció hace poco B. P. Wadia, considerado como el padre del unionismo obrero en la India. Declaró éste que sólo en la Unión Obrera de Madras había veinte mil afiliados, que el unionismo obrero está resuelto a quedarse definitivamente allí y que a él se le había rogado que constituyese sucursales en todo el país. Manifestó también que las malas condiciones de los trabajadores indios vienen del hecho de que su bienestar está en manos de burócratas y no de funcionarios responsables directamente ante el pueblo indio. La situación, según él, había llegado a un extremo intolerable y los obreros indios aspiran ahora al poder político como único medio de mejorar su situación.

Actitud sensacional de un Teniente Coronel del ejército inglés

La mejor prueba del grado a que ha llegado el disgusto del pueblo inglés con la conducta del Gobierno en Rusia, la tenemos en el hecho de que no es ya sólo el elemento civil, más o menos contaminado de radicalismo, el que hace oír constantemente sus irritadas protestas, sino que también del ejército, de la oficialidad del ejército, ha salido recientemente una voz que acusa de doblez y de torpeza lo actuado por el gabinete actual en su política rusa.

Esta voz es la del Teniente Coronel Sherwood Kelly, Comandante del segundo batallón del Regimiento de Hampshire, quien el día 7 de Septiembre lanzó un manifiesto que dice así:

“Sé que este paso mío me expone a penalidades profesionales y que estoy sacrificando mi porvenir en el ejército, pero estoy dispuesto a asumir esos y otros riesgos a trueque de cumplir lo que considero mi deber para con mi país y mis conciudadanos.

“Me ofrecí voluntario para el servicio en el Norte de Rusia en la sincera creencia de que ello era necesario para hacer posible la retirada de nuestras tropas. El extenso anuncio que se hizo de la necesidad de esta «fuerza auxiliar» nos llevó a la creencia de que los asuntos del Norte de Rusia estaban a punto de ser arreglados de una manera decisiva.

“Inmediatamente después de nuestra llegada a Archangel recibimos la impresión de que la conducta de nuestros oficiales no se ajustaba a lo que era de esperarse.

“Esta impresión se aumentó a medida que transcurría el tiempo y muy a nuestro pesar se nos hizo llegar a la convicción de que las tropas, que se nos había dicho habían sido enviadas con fines puramente defensivos, se estaban empleando en operaciones ofensivas en gran escala, emprendidas en el interior, en cumplimiento de cierto plan ambicioso de campaña, de cuya naturaleza no se nos permitía enterarnos.

“Estas operaciones ni siquiera eran bien dirigidas ni tendían a beneficiar en lo más mínimo el desarrollo de un plan cualquiera, militar o de otra suerte, para una sensata y práctica política inglesa en Rusia. Lo único que se lograba con ellas era pérdida inútil de vidas y sufrimientos.

“Descubrimos que el muy decantado «ejército leal ruso» estaba compuesto en su mayor parte de prisioneros bolshevi-

quis vestidos de khaki, que constituían constantemente una mayor amenaza para nuestras tropas que las del ejército bolsheviqui con que combatíamos. Esto quedó trágicamente demostrado cuando los rusos se amotinaron y asesinaron a sus oficiales ingleses.

“Descubrimos que el Gobierno de maniqués que habíamos erigido en Archangel carecía de todo apoyo en la confianza pública y se vendría al suelo tan pronto como las bayonetas inglesas desaparecieran..

“Yo ví el dinero inglés correr como agua y ví las vidas inglesas sacrificadas en masa para apoyar a este insignificante ejército y mantener en el Poder a este insignificante Gobierno y quedé convencido de que mi deber estaba, no en seguir ayudando a una política equivocada, sino en descubreirla y denunciarla.

“Pido que este escrito se haga público, para que el pueblo pueda enterarse de la verdad acerca de la situación en Archangel..”

Qué tal? Después de tanto hablar de las barrabasadas bolsheviquis ¿qué pensar de esta otra tremenda salvajada del lado de acá, del lado seráfico, consistente en obligar a los prisioneros rusos a batirse contra sus propios hermanos? Se ha levantado hasta ahora sólo una puntita del velo y hay ya para persignarse. ¿Qué no sucedería si estuviéremos presenciando toda la función?...

Inglaterra en Persia.—Colosal tajada

Ha hecho poco ruido en el mundo este asunto de Persia, pero pocos acontecimientos registra la historia política de esta temporada tan repletos de significación e importancia como la maniobra política de Inglaterra, engulléndose en un santiamén presa tan codiciada como venía siendo Persia para el imperialismo mundial. El asunto hizo poco ruido en un principio, porque la maniobra se realizó casi en pleno misterio, y ahora es que se viene trasluciendo la enormidad que significa el bocado para el comercialismo británico.

Persia ha pasado de la noche a la mañana a la categoría de Estado vasallo de Inglaterra, exactamente lo mismo que Egipto. El negocio se llevó a cabo con el Shah, en una forma muy satisfactoria y muy bonita, para las partes contratantes, pues, si bien el pueblo de Persia queda de un golpe despojado de los atributos esenciales de su soberanía, no hay que olvidar que el bolsillo particular del Shah se repone mucho con

ello, y que, además, se ha tenido buen cuidado de consumir la operación con todos los miramientos externos que requieren las buenas formas internacionales. Hay en el documento el inevitable preámbulo en que se rinde—¡pues no faltaba más!—el debido homenaje «verbal» a los «estrechos lazos de amistad que han existido siempre entre los dos Gobiernos» y se expresa la convicción «de que es sólo para cimentar estos lazos y en bien del progreso y prosperidad de Persia» que Inglaterra asume por su parte la obligación de «aconsejar» al Gobierno del Shah en toda clase de asuntos administrativos y técnicos, sin excluir, por supuesto, nada que se roce con las finanzas persas, ni tampoco olvidar la cláusula relativa a la generosa tarea, por parte de Inglaterra, de encargarse de todo lo relacionado con el equipo e instrucción del ejército. Un gran plan de expansión ferroviaria es una de las cosas estipuladas. Inglaterra abre su bolsa y le hace un empréstito de dos millones de libras esterlinas a su «protegida», la cual tiene un plazo de veinte años para pagar esta suma, al «módico» interés del siete por ciento. No se debe perder de vista tampoco que, encima de todo esto, el Gobierno inglés reitera «de la manera más categórica», al Gobierno persa, las seguridades más concluyentes «de respetar absolutamente la independencia e integridad de Persia».

Cedamos ahora la palabra al conocido escritor inglés William MacDonald, quien nos ha de decir, desde París donde escribe, cosas muy interesantes acerca de esta última, edificante hazaña de la diplomacia secreta:

“En París, al menos, el arreglo no ha engañado a nadie. Desde el momento en que se tuvo noticia de sus condiciones, todo el mundo reconoció que un protectorado virtual sobre Persia quedaba establecido y que el imperio británico había de hecho crecido extraordinariamente. Un territorio que tiene tres veces el área de Francia, famoso por sus riquezas no explotadas, y con enormes depósitos de petróleo de un valor extraordinario en estos tiempos para la armada británica, acaba de pasar, para todos los efectos prácticos, al dominio de Inglaterra. Ciertos periódicos de Londres, entre ellos «The Times», «The Morning Post» y «The Daily Telegraph», se esforzaron al momento en explicar que la significación política del arreglo no había sido comprendida en absoluto en Francia y que el arreglo en cuestión no encubría el designio de ningún protectorado, sino solamente ‘el propósito de prestar ayuda amistosa a una nación ne-

cesitada.’ Pero esta explicación ha sido tomada como pura broma. Todo el mundo se da cuenta de que Inglaterra será de ahora en adelante la autoridad predominante en Persia. Sólo los oficiales del ejército inglés serán empleados como instructores; el ejército persa será instruido y manejado a la inglesa; los impuestos persas, que han de ser reorganizados, se dedicarán a ir saldando el préstamo inglés, y la explotación económica del país la llevará a cabo el Capital inglés, administrado por manos inglesas. El Gobierno persa podrá, es claro, permitirse expresar una opinión de vez en cuando y esta opinión en algunos casos será cortesmente atendida, pero el Gobierno inglés tendrá la última palabra en todos los asuntos. Es tonto pretender que estas condiciones no establecen de hecho un protectorado, o que Persia no quedará convertida para todos los efectos en una posesión británica. El mismo «Morning Post» se encarga de despojarnos de toda ilusión en este punto. Al final de un editorial, revelador de una gran satisfacción patriótica por lo hecho, hace la observación de que ‘aunque no creemos que el nuevo arreglo pueda provocar las objeciones de ningún gobierno extranjero,’ sin embargo, ‘los servicios prestados por las tropas británicas durante la guerra, cuando ocuparon la región del Caspio, tomaron Bagdad y defendieron la línea de Bagdad a Kasvin, impidiendo así que los alemanes entraran al Asia por esa ruta, le dan derecho a este país a algún reconocimiento». El reconocimiento ha venido y el cordero persa yace hoy bajo las garras del león inglés.”

Las negociaciones con Persia ocuparon un período de unos nueve meses, según hace notar el articulista. Nueve meses nos remontan al Armisticio con Alemania y cubren el período entero de las deliberaciones de las Conferencias de la paz. Pues bien, durante todo este período de conferencias para establecer la paz, el Gobierno inglés, que era uno de los Grandes Cinco, estaba manipulando secretamente este negocio con Persia, que no sólo viola la letra y el espíritu del pacto de la Liga de Naciones, el mismo pacto que los representantes ingleses en las Conferencias estaban ayudando a formular, sino que está en abierta contradicción, también, con los derechos constitucionales de la misma Persia. Por el artículo 10 de la Liga, los miembros de ésta “se comprometen a respetar y mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial e independencia política actual de todos los miembros de la

Liga." En el documento anexo al de la Liga se incluye a Persia en la lista de aquellos estados que son expresamente invitados a adherirse. La firma del tratado con Alemania, en Versalles, en Junio 28, y su subsiguiente ratificación por el Parlamento inglés, le imponían a Inglaterra, sigue diciendo Mac Donald, la obligación moral, si no técnicamente legal, de respetar la independencia política actual de Persia, como presunto miembro de la Liga. Además, por el artículo 20 de la Liga, "todas las obligaciones o compromisos «inter se» incompatibles con los términos del pacto se declaran anulados y los miembros respectivos de la Liga se obligan a declarar sin lugar tales obligaciones en el caso de que existan." Sin embargo, a pesar de la claridad de estas cláusulas y con pleno conocimiento de lo que significan, Mr. Lloyd George y sus asociados

"prepararon y consumaron un arreglo o tratado diametralmente opuesto a las estipulaciones solemnes de una Liga a la que ellos estaban al mismo tiempo prestando su incondicional adhesión. Uno tiene que registrar mucho en los anales de la diplomacia inglesa para darse con un ejemplo tan grande de doblez descarada."

Pero eso no es todo. «Le Temps» (París) acaba de señalar en un editorial el curioso hecho de que este arreglo anglopersa está en flagrante contradicción con la Constitución persa promulgada en el año de 1907. El artículo 24 de la Constitución de Persia dispone que toda clase de tratados y convenios, incluso meros arreglos o acuerdos referentes a concesiones comerciales, industriales o agrícolas, han de ser sometidos a la aprobación de la Asamblea Nacional, con la excepción de aquellos tratados que por razones de Estado o de interés público deban mantenerse secretos. Puesto que la Gran Bretaña, arguye «Le Temps», ha repudiado expresamente la diplomacia secreta, el arreglo anglo-persa no puede ser clasificado como un documento secreto; además, los persas mismos lo han publicado; por consiguiente, es claro que está sujeto a la aprobación de la Asamblea Nacional. Pero la Asamblea no ha sido organizada todavía y el país y el Gobierno están ambos bajo el control del ejército inglés de ocupación y es bajo este régimen militar y extranjero, y no ciertamente bajo la Constitución de Persia, que el arreglo se ha llevado a cabo. Y además, aun cuando la Asamblea Nacional se reuniese estando allí las fuerzas inglesas de ocupación, ¿qué libertad de acción tendría para ratificar o rechazar los términos del arreglo?

Segue diciéndonos Mac Donald que la irritación sentida en Francia al anuncio de este convenio, ha sido mayor que la que podría esperarse de la mera mortificación de haber sido burlada en la competencia para engullirse territorios y esferas de influencia. La irritación ha subido de punto a causa de la frescura con que ciertos órganos ingleses han pretendido "que una oferta de ventajas comerciales o políticas a Francia en alguna otra dirección dejaría las cosas arregladas satisfactoriamente." Francia tiene motivos de queja contra Inglaterra, han dicho los principales diarios, por la manera cómo ésta intervino para frustrar las aspiraciones de Francia en Siria. Los derechos que Francia dice tener a la hegemonía política en Siria son "históricos y definitivos" y no hay la menor intención de renunciarlos sin lucha, pero el reconocimiento de estos derechos ha encontrado siempre en las Conferencias tenaz y porfiada oposición por parte de Inglaterra. Es un secreto a voces también el que los dos Gobiernos están muy enconados con motivo de disputas recientes acerca de la Tracia y en general acerca del futuro status de Turquía y Constantinopla. Como que para muchos observadores bien informados, es evidente que los motivos de discrepancia y ruptura hoy entre Inglaterra y Francia, por la cuestión de Siria y de las regiones del Cercano Este, son mayores que las que hubo cuando el incidente de Mashoda.

"Esta es la dichosa familia de naciones cuyos representantes continúan celebrando diariamente solemnes sesiones en París, enviándole grandilocuentes notas a Rumania, discutiendo seriamente un plan americano para la división de Tracia (que un periódico de París muy acertadamente compara a una ternera de cinco patas) y empastalando las nuevas trifuleas que van surgiendo mediante la socorrida práctica de crear nuevas Comisiones para que investiguen e informen.

"La lección del atentado inglés en Persia debe ser estudiada en los Estados Unidos. Si queda en América un resto de respeto por la Liga de Naciones, bien sea como un ideal de paz para el mundo o como un instrumento para elaborar la justicia entre las naciones una vez que la maquinaria quede establecida, el arreglo inglés con Persia seguramente que lo destruirá. Si hay todavía la menor idea de que el Gobierno de Lloyd George se ha conducido lealmente en París, o de que la diplomacia secreta y la piratería territorial sin escrúpulos del Viejo Orden ha sido abandonada en Downing Street, tal idea debe des-

aparecer ahora. Todo lo que ha sido hecho durante una generación, por hombres como James Bryce, John Morley y muchos otros, para borrar viejos prejuicios anti-británicos en el ánimo de los americanos y para inspirar confianza en la integridad de los ingleses, ha sido derribado de un golpe por los actuales directores del pueblo inglés. Inglaterra puede retirar sus tropas de Turquía y dejar que se continúe asesinando a los armenios, pero tiene tropas suficientes para quedarse en Persia, y, quizás, en Afghanistan. Irlanda está en erupción, los nacionalistas egipcios continúan siendo ahorcados o fusilados por aspirar a la independencia y tratar de obtenerla, la India sigue bajo un régimen de fuerza, el Canadá está en perenne tumulto e Inglaterra misma se ve paralizada por huelgas gigantescas... Sin embargo, el Gobierno inglés, que ya había proclamado un protectorado sobre Egipto durante la guerra, se consagra a sembrar gérmenes de rebelión en la Persia sólo para llevar un poco más lejos hacia el Oriente el mensaje anglo-sajón. La cuestión práctica del momento y la única que no debe perderse de vista en América es la de si el pueblo inglés, desautorizando y deponiendo a un Gobierno que está cubriendo de deshonor el nombre inglés, hará posible que países que fueron antiguos rivales de Inglaterra, se decidan ahora a ser sus amigos y a trabajar juntos por la paz y la reconstrucción del mundo; o si, ante el protectorado persa aprobado por la opinión pública inglesa, los que un tiempo fueron sus rivales, como lo fué Francia, se han de ver forzados a resistir el empuje formidable de un nuevo agresor del mundo."

Es también digno de nota lo que comunica a un periódico de New York su corresponsal en París, Griffin Barrey, también acerca del asunto anglo-persa.

"La delegación persa en las Conferencias de la Paz fue destituida de su cargo oficial por el Shah, tan luego como éste puso su firma en el nuevo tratado anglo-persa. La primera consecuencia de la reducción de Persia a la categoría de Estado vasallo del mismo tipo que Egipto, es el haber puesto a este poderoso grupo de liberales persas que estaban en París en actitud de franca rebeldía. La segunda consiste en enconar terriblemente una vieja querrela que existía entre Inglaterra y Francia con motivo de la división de despojos en el Este. Un miembro de la delegación persa que me hablaba de este asunto, me dijo: 'Inglaterra ha amarrado a

Persia con cadena de oro.' Y la prensa francesa comenta con acritud creciente el citado arreglo entre Persia e Inglaterra.

"En una carta que se acaba de recibir aquí, el Secretario Lansing manifiesta que Estados Unidos trató de conseguirle audiencia en París a la delegación persa, pero que no logró nada. A estos delegados se les negó acceso hasta Lord Curzon, mientras la Legación inglesa en Teheran negociaba a cencerros tapados su convenio con un grupito de políticos persas. A este grupito se le puso en posesión del ministerio tan pronto como se firmó el documento, procediéndose en seguida a destituir a la delegación liberal en París. Así va desarrollándose este juego de naipes secreto y peligroso..."

Y a todo esto, Mr. Wilson sigue, de noche en noche y de ciudad en ciudad, cantando, como si tal cosa, su ya famosa aria. No más guerras, no más depredaciones de los pueblos grandes sobre los pueblos débiles, no más tratados secretos, no más reparto de despojos, no más obstáculos a la propia determinación de los pueblos, canta el tenor insigne, en el momento mismo en que todos y cada uno de estos principios van siendo pisoteados.

La excursión oratoria de Mr. Wilson

No pocos eran los que todavía esperaban una última, gallarda salida del que un tiempo fue el aclamado campeón de la Liga de Naciones. Se creía posible que se hubiese reservado para esta campaña tribunicia que viene haciendo en las ciudades más importantes, revelaciones sorprendentes y puntos de vista ignorados que, al menos, explicasen algunas de las terribles contradicciones en que, desde la proclamación de sus famosos puntos, se le ha visto ir cayendo día tras día. Es difícil decirle adiós a un buen sueño, a una bella ilusión, y muchos esperaban los nuevos discursos con el íntimo presentimiento de un milagro que les permitiera seguir creyendo en el que pareció por un momento destinado para el papel sublime de inaugurar un nuevo orden.

Pero no queda nadie ya, ni aun entre los más optimistas, que al leer y releer los partes cablegráficos de los numerosos discursos de última hora, no haya bajado la cabeza completamente decepcionado, resignándose a aceptar lo inevitable.

Los discursos no se diferencian en nada de los de antes del armisticio, pero suenan ahora tan en desacuerdo con la realidad como

una pieza de fonógrafo de música ruidosamente alegre sonaría junto al lecho de un moribundo. Como muy bien dice «The New York Call» en un agresivo editorial reciente:

“Mientras Mr. Wilson traza con brillantes colores el cuadro sublime de la eterna paz, su Secretario de Guerra permanece en Washington trabajando eclosamente para realizar sus planes, aprobados plenamente por Mr. Wilson, para el establecimiento de un gran ejército permanente, con un efectivo cinco veces mayor del de antes de la guerra, y para la imposición a todos los hombres jóvenes del país de la Ley del Servicio Militar Obligatorio. No cabe un comentario más cínico a la retórica de Mr. Wilson.”

Todos aquellos que esperaban ansiosamente que el Presidente abriese sus elocuentes labios para despejar sus dudas sobre el Tratado, especialmente sobre el motivo por el cual cuarenta millones de chinos allá en Shantung han sido puestos bajo la soberanía del Japón y el motivo por el cual los alemanes de la cuenca de Saar han sido entregados como carneros a Francia, y el motivo por el cual el Tratado sanciona el robo de Egipto por Inglaterra, y el motivo por el cual las cláusulas de cada uno de estos tratados nefandos han suplantado a los catorce puntos wilsonianos, habrán quedado no sólo decepcionados sino exasperados, al ver que de estos hechos tan recientes y enormes no se dice una palabra y, en cambio, el orador se desborda en el mismo raudal de palabras bonitas de esperanza y de triunfo que si todas sus promesas se hubieran cumplido y el mundo fuera ya una Arcadía.

“Declara él—dice «New York Call»— que el Tratado es una doctrina única en la historia del mundo’, que ‘es como un espejo para las bellas pasiones del mundo’ y, finalmente, que ‘pone al descubierto el corazón de los pueblos, de los grandes pueblos que se asociaron para la obra común de hechar con Alemania.’ En las actuales circunstancias es bien curioso que las masas trabajadoras de estos pueblos en todos los países aliados de Europa, por conducto de sus organismos obreros, hayan denunciado y rechazado el Tratado. Pero posiblemente Mr. Wilson no se ha enterado de esto. El les manifestó a los Senadores republicanos, hace poco, que en el momento de abrirse las Conferencias de Paz no sabía nada de los tratados secretos, a pesar de que durante todo un año antes de aquella fecha habían venido publicándose, al menos en parte, en tres periódicos de New York y habían sido co-

mentados y denunciados, en periódicos liberales y radicales, por todo el mundo.

“No está entre mis prerrogativas, dice el Presidente, ‘el repartir pueblos a este y a aquel Gobierno. Nadie tiene derecho a ese reparto a excepción de los pueblos mismos.’ A la luz de esta declaración, es difícil entender por qué el Gobierno de Mr. Wilson está derrochando millones del dinero del pueblo, y gastando vidas y municiones, en el vano afán de establecer en la lejana Rusia el régimen de Kolcheak, Denikine y otros aspirantes czaristas. Es difícil entender cómo Mr. Wilson en París suscribió las cláusulas del Tratado relativas a la cuenca del Saar, a Danzing, a Shantung. Es difícil conciliar esta declaración con las recientes maquinaciones de los diplomáticos de París que, con ayuda de bayonetas rumanas, echaron abajo el Gobierno comunista de Hungría. Es difícil conciliarla con la cláusula específica del Tratado que les niega a los austro-alemanes todo derecho a unirse a la república alemana si así lo desean. La declaración es todavía más incomprensible en vista del hecho de que Mr. Wilson envió cinco millones de dólares, o más, de su fondo de reserva, para ayudar a los checo-slovacos en Rusia, que se estaban utilizando de instrumento para derrocar el Gobierno establecido de Rusia y erigir un nuevo Gobierno que habría de ser sostenido siempre con la ayuda de ejércitos extranjeros. Si no era prerrogativa de Mr. Wilson el adjudicar pueblos a este gobierno y al otro, ¿por qué envió esa cantidad tan grande de dinero del pueblo americano? ¿Para sacar de allí a los checo-slovacos? El Coronel Robins ha demostrado, con prueba documental aplastante, que mucho antes del envío del dinero, el Gobierno de los Soviets había ofrecido transportar a los checo-slovacos a Archangel, desde donde hubieran podido reembarcar hacía el frente occidental quince días después, pero los gobiernos aliados rehusaron esta oferta.

“Hace meses que venimos leyendo en cartas de los corresponsales en Europa de la prensa americana, los odiosos detalles de la diplomacia de robo de tierras puesta en práctica por los diplomáticos de París. Día tras día hemos venido teniendo vislumbres del goloso combate por el botín que, ni aún bajo el hermético secreto de los «tratados públicos», ha podido permanecer oculto. Hemos visto los tratados secretos introducirse mansamente en el Tratado de Paz: los tratados secretos de siempre, basados en el imperialismo de la an-

tigua y malvada diplomacia. En vista de todo esto, las loas que Mr. Wilson hace de los altos ideales de paz de sus colegas de otros países, le dejan a uno atónito.

“Winston Churchill, y otros miembros del Gobierno de Lloyd George, se han venido jactando de que la guerra ha tenido por consecuencia el ensanchar el imperio británico más allá de los sueños del imperialismo. Pero Mr. Wilson no comparte esta opinión. Y nos dice: ‘no se trata de registrar en este Tratado ningún triunfo nacional. No se busca en él la gloria de ninguna nación en particular.’ Y otra vez manifiesta que en las Conferencias de Paz de otros tiempos los representantes de los gobiernos ‘estaban siempre pensando en la política nacional, en ventajas nacionales, en rivalidades de comercio, en ventajas de conquista territoriales. En este Tratado no hay nada de eso. Ustedes advertirán que aún los territorios que se les han quitado a Alemania, como sus colonias, no se le dan a nadie. No hay un solo acto de anexión en este Tratado.’ Todo lo que se puede decir de tal declaración es que, o bien Mr. Wilson tiene una fe profunda en la inocencia política del pueblo americano, o bien él mismo es el más inocente e inexperto de los estadistas.

“Al final del discurso del presidente Wilson en Columbus, los despachos de la prensa registran el siguiente incidente:

“Cuando el Presidente salía del salón, un chino le gritó desde la galería varias veces: ‘Mr. Wilson, ¿qué dice usted de lo de Shantung?’”

“El Presidente, al parecer, no le oyó.”

“El no oye nunca.”

Contraofensiva de los republicanos

El día 10 de Septiembre los Senadores republicanos Hiram W. Johnson, Representante de California, William E. Borah, de Idaho, y Medill McCormick, de Illinois, inauguraron en la ciudad de Chicago su contra-ofensiva oratoria contra la campaña que viene haciendo el presidente Wilson por la ratificación inmediata del Tratado y la Liga de Naciones. Fué tal el gentío que se aglomeró, que el Senador Johnson, después de su discurso en el interior del teatro Auditorium, tuvo que volver a hablar para la muchedumbre de afuera.

El senador Johnson se refirió especialmente a la frase de Mr. Wilson en que califica de desertores a los que se oponen a la ratificación de la Liga, y, en réplica a estas palabras, declaró el Senador que el único desertor verdadero había sido el mis-

mo presidente Wilson, porque había permitido la violación de sus catorce puntos en las Conferencias de París, sancionando el despojo de China por el Japón, en Shantung, y dejando que las naciones europeas y asiáticas se repartieran a su sabor, por virtud de contratos privados, debidamente firmados y sellados, los pedazos del mapa con que cada uno soñaba. “El presidente Wilson, siguió diciendo, se declaró en favor de tratados públicos públicamente discutidos y de la libertad de los mares, y de la remoción de las barreras económicas, y de la reducción de armamentos militares y de un arreglo imparcial de las aspiraciones de las colonias... pero ninguna de estas cosas aparece realizada en la Liga de Naciones.” Manifestó también el senador Johnson que él nunca había visto antes que una nación se pusiera voluntariamente en manos de sus deudores. “Sólo había una gran firma nacional solvente y esa era los Estados Unidos. Las otras naciones debían a los Estados Unidos diez mil millones de dólares, sin embargo de lo cual pretenden ahora que los Estados Unidos se sienten con ellas a la mesa en Ginebra y se dejen gobernar secretamente por ellas.”

Otro Senador que se declara en contra de Wilson

Un nuevo senador, Mr. Kenyon, Representante de Iowa, ha condenado en el Senado en los más duros términos la política de Wilson. El senador Kenyon, con fecha 10 de Septiembre, pronunció, por primera vez en el debate acerca de la Liga de Naciones, uno de los discursos más duros que se han oído hasta la fecha acerca de este asunto.

Hablando acerca del convenio sobre Shantung, declaró que éste “era el más infame y malvado que se registra en la historia,” agregando:

“¡Qué farsa más monstruosa; qué fraude contra la libertad, contra la propia determinación; qué exhibición de hipocresía la que se advierte en todo este asunto de Shantung! Y, sin embargo, sabemos que si se elimina lo de Shantung del Tratado, no habrá tratado posible durante mucho tiempo. Algunos hombres vacilan cuando piensan que el mundo habrá de quedar en una condición de desequilibrio hasta que ese problema pueda resolverse. Algunos se inclinan a creer que es posible que el Japón cumpla su promesa y están temerosos de afrontar el disgusto del Japón y de hacer posible que nuestra nación se vea arrastrada a una guerra. Yo no quisiera ver a los muchachos americanos morir por nada de lo que está envuelto en esta cues-

tión, así infame como es. Si la Liga de Naciones no se hubiera entretreído con el Tratado de Paz, este asunto de Shantung y el predominio de los votos de Inglaterra habrían sido las únicas cuestiones que se hubieran opuesto de un modo serio a la pronta ratificación del Tratado. No se acusa, pues, de la demora, al Senado.”

Hablando después de las recientes manifestaciones del Presidente Wilson en su campaña por el país, este mismo Senador calificó al Presidente de autócrata, preguntando:

“¿Desde cuándo se le concedió a hombre alguno de este país el decirle al pueblo americano o al Senado lo que tienen que hacer? Ese es el lenguaje de la autocracia y no de la democracia. ¿Desde cuándo es un delito el no estar de acuerdo con el Presidente? ¿Desde cuándo ha perdido el Senado el derecho a considerar un Tratado, sólo porque al Presidente se le antoja asegurar que se trata de un documento perfecto? ¿Hemos llegado acaso a establecer en este país la autoridad suprema de un solo hombre? ¿Tiene el pueblo que inclinarse reverente en presencia de tanta grandeza?”

La ruina del Austria alemana

El imperialismo francés necesita auxilios fuertes y de confianza en el Este de Europa, en su afán de asegurarse contra Alemania y contra el espectro bolshevique, y para lograr además el establecimiento de la hegemonía militar francesa en el continente. Por esta razón, se ve con buenos ojos que Checo-Slovakia, Polonia, Yugoslavia y Rumania se vayan anexando todo cuanto puedan digerir del territorio y población de Austria y de Hungría. Por medio de estas anexiones y rapiñas, se consigue también mantener en perenne ebullición los odios entre oprimidos y opresores, cosa que también les parece de perlas a los imperialistas de Francia.

De diez millones de alemanes que habitan en Austria, cuatro millones han sido sometidos a la odiosa y terrible tiranía extranjera, crimen que, en opinión del escritor Friedrich Herz, de quien tomamos estas notas, “no tiene precedente alguno en la historia moderna, a excepción del reparto de Polonia. Tres millones de alemanes protestan hoy desesperadamente de haber sido anexados por Checo-Slovakia. Y del mismo modo otros distritos enteramente alemanes, con varios cientos de miles de habitantes, han sido entregados a Italia y a Yugoslavia, no por razón de ninguna necesidad geográfica, sino

sencillamente para saciar la gula imperialista de estos Estados.”

El Austria alemana es un país que en manera alguna ha podido ofrecer el menor pretexto para hacerle responsable de los crímenes de los antiguos caudillos militares de la monarquía de los Hapsburgos. Los socialistas austro-alemanes nunca votaron en favor de los créditos de guerra, antes bien, siempre formularon las más rotundas protestas contra la guerra. Como que fué uno de sus líderes quien mató de un tiro al primer Ministro por la parte que éste había tenido en la instigación y dirección de la guerra. Especialmente durante los dos últimos años del conflicto mundial, los socialistas pusieron en peligro la vida y la libertad al sostener la más violenta campaña concebible contra la continuación del estado de guerra y contra el imperialismo y militarismo alemán en Austria. Su actitud amenazante fué la principal razón que movió al emperador de Austria varias veces a hacer gestiones de paz y a tratar de influir en el emperador alemán con el mismo objeto. Sus esfuerzos no prosperaron y todo el viejo régimen se vino abajo, el emperador fué expulsado, la aristocracia abolida y una nación enteramente nueva fué erigida sobre bases estrictamente democráticas y socialistas. Hay que tener en cuenta también que el partido socialista del Austria alemán nunca trató de velar o atenuar la responsabilidad de los antiguos gobernantes en la guerra, muy al contrario, nunca cesaron de acusar al gobierno imperial de “incendiarismo criminal” y de “instrumento del militarismo de Alemania.” No obstante todo esto, los señores faraones de París les castigan ahora sin piedad “por no haber mostrado suficientemente su inconformidad con los directores de la guerra.” ¡Qué sarcasmo de lobos!

Lo más triste de todo es que el nuevo Estado de Austria está económicamente en una situación desesperada. La gran ciudad de Viena, con dos millones y cuarto de habitantes, fué designada para constituir el centro de un poderoso imperio, y ahora a este imperio se le cortan todos sus miembros y se le deja la cabeza sola para que viva por sí misma. El Austria alemana es un país montañoso, sin terrenos en cultivos suficientes para mantener su población, sin carbón y sin grandes recursos naturales. ¿Qué sería de Londres si se le despojara de los distritos industriales de dos de sus islas y se la dejara rodeada por todas partes de altas montañas y barreras fiscales?

A pesar de todas estas dificultades tremendas, el Gobierno socialista de tipo mode-

rado que allí existía, valientemente había comenzado una faena desesperada de reconstrucción. Pero los términos del Tratado de Paz destruyeron toda esperanza.

“Los Czecho-slovakos, con una codicia inverosímil y apelando a toda clase de falsedades, han logrado moldear el Tratado a su antojo, obteniendo permiso de los aliados ¡para robarle a un mendigo! Todas las propiedades, tierras, casas, industrias, títulos e inversiones en el territorio de aquellas provincias que pertenecían al Austria el día 10. de Noviembre de 1918, serán entregadas ahora a los Estados eslavos, y al Austria se le impone la absurda obligación de compensar a sus ciudadanos de estas pérdidas, cosa que le es imposible.”

La invasión rumana

(Reproducido de “The Nation”)

Cada cierto tiempo los periódicos han venido insinuando misteriosamente que los aliados “están a punto de prepararse para comenzar a dar principio” a algo terrible contra Rumania, en caso de que ésta emprendora aunque pequeña potencia no se resuelva a salir de Hungría. Hace algunas semanas, cuando el Gobierno de Bela Kun se disolvió, Rumania marchó al interior de Hungría y tomándose por su propia mano cierta clase de intrusa soberanía, ha permanecido allí desde entonces, a despecho de los poderes aliados. Los aliados nunca han desempeñado mejor su papel en beneficio de sus

de naciones y otro grupo, no hay ni una mota de diferencia. Todo demócrata, radical, socialista o internacionalista de Europa ha levantado su voz para sostener que las guerras las provoca siempre el imperialismo económico y que su disfraz nacionalista—el tremolar de banderas, las invocaciones al patriotismo, las paradas marciales, la supresión de periódicos, el púlpito, la escuela y la tribuna—no es más que un proceso de hipnotismo mediante el cual las malvadas combinaciones del imperialismo económico se ponen en juego. “Si lo dudáis—exclaman los líderes de la nueva democracia—fijaos en Polonia, Shantung, todo el cercano Este y sobre todo fijaos en Hungría.” ¿Dónde hallar réplica a esto? Es posible que Lenin pasara una o dos malas noches cuando el gobierno de Bela Kun cayó y los aliados tuvieron esta ocasión de cambiar de táctica apoyando enérgicamente algún género, cualquier género, de régimen democrático en Hungría; pero sus careajadas han debido ser homéricas cuando, en lugar de esto, vió que deliberadamente le cogían sus naipes y le hacían el juego.

Las relaciones de Rumania con los aliados en lo que afecta a sus empresas de Hungría, se asemejan más bien a los pasajes de un libreto de ópera que a una seria y trágica historia, y el rasgo más saliente de la situación toda es el comentario corrosivo que le pone al plan de la Liga de Naciones. O Rumania desafía al Congreso de la Paz, o está desenvolviendo su jugada en combinación con el Congreso de la Paz y bajo su tácita aprobación. No nos proponemos indicar qué alternativa es la más probable, ni creemos necesarias las conjeturas. Supongamos que lo primero es la verdad. Pues bien, entonces, según indica un colaborador del «New York Times», ¿qué podría hacer la Liga de Naciones que el Consejo Supremo o la Conferencia de la Paz no pudiera hacer? Indudablemente que nada; el hecho notorio es que a despecho de todas las amonestaciones del Consejo Supremo, las tropas rumanas están en Hungría y, según todas las señales, tienen la intención de quedarse allí hasta que realicen su heroico designio de cargar con cuanto objeto portátil puedan descubrir en el antiguo reino. O supongamos que lo que está sucediendo es lo segundo, esto és, que el Consejo Supremo, aunque protestando aparentemente contra este flagrante robo, en realidad es su cómplice. El prospecto de la Liga de Naciones que ha circulado en este país, si de alguna cosa convence en seguida es de que la composición de la Liga será, para todos los efectos prácticos, enteramente igual

a la del Consejo Supremo. ¿Y qué transfiguración pentecostal puede hacer el milagro de transformar lo que bajo la segunda hipótesis no sería nada mejor que una gavilla de ladrones en modelos de virtud desinteresada, tan luego se les bautizara de nuevo bajo el nombre de Liga de Naciones?

El dilema es demasiado grande para nosotros y lo dejamos sin resolver. En el momento de entrar en prensa este periódico, nos enteramos por los despachos de Europa de que 3,700 vagones cerrados llenos de botín, que los aliados carecen de medios de identificar, han pasado de Hungría hacia Rumania; y en vista de esto parece fundada la esperanza de que nuestra pequeña y hacendosa asociada no tardará en retirar sus tropas. Cuando uno lee acerca de las enormes conquistas económicas que Inglaterra, Francia, el Japón, y ahora Rumania, han sacado de esta guerra, comienza uno a pensar que el tío Sam ha estado en una compañía muy «sospechosa» estos dos años.

Sensacionales declaraciones de Bullitt ante una Comisión del Senado Americano

Uno de los grandes diarios de New York que más se distinguen por su propaganda en favor de la Liga de Naciones—«The World»—trae la relación, en su número de Septiembre 14, de las sensacionales revelaciones que ha hecho, ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, William C. Bullitt. Este Bullitt era director de la «Sección de Investigaciones» que formaba parte del personal auxiliar del Presidente Wilson, durante las Conferencias de París.

Bullitt fué enviado a Rusia, poco después de haberse reunido el Congreso de la Paz, con instrucciones del Coronel House para estudiar sobre el terreno la situación e informar sobre el verdadero estado de los asuntos allí y las medidas que convenía tomar.

Lo que más ha sorprendido al público del testimonio de Bullitt, es el hecho de que fuera precisamente Wilson el hombre que había proclamado su adhesión fervorosa al principio de «la publicidad sin límites», el hombre que había lanzado a los cuatro vientos el anuncio de que “el tratamiento que se le diese a Rusia habría de constituir la prueba suprema de la sinceridad aliada,” quien precisamente impidió que el mundo se enterase de que el Gobierno de los Soviets estaba dispuesto a reconocer todas sus obligaciones financieras, a abstenerse de toda propaganda revolucionaria en los países extranjeros, a conceder una amnistía completa para todos sus enemigos internos, a desmovilizar sus

ejércitos, y en general, a hacer todas las concesiones posibles para asegurar la paz.

Despertó gran interés en el Senado la afirmación de Bullitt de que el Secretario de Estado de los Estados Unidos, Mr. Lansing, le había dicho: "Si el Senado y el pueblo americano se dan cuenta de lo que hay en este Tratado, (refiriéndose al Tratado con Alemania), nunca será aprobado."

Según Bullitt, Mr. Lansing hizo esta declaración el día 19 de Mayo de 1919, y él (Bullitt) preparó una nota de esta conversación inmediatamente después.

Alegó también Bullitt que Mr. Wilson había adoptado su extraña actitud en contra de la publicidad de sus informes, después que Lloyd George había aconsejado que los términos propuestos por los Soviets se diesen a conocer todo lo más extensamente posible, después que el General Smuts se había pronunciado decididamente en el sentido de que se aceptasen, después que el Coronel House, el Secretario de Estado Lansing y el General Bliss, de la Delegación americana, se habían manifestado en favor de su aceptación, después que Balfour había hablado en apoyo de dichas condiciones y aun después que el Premier Orlando, de Italia, había expresado su creencia de que las ofertas del Gobierno de los Soviets eran enteramente satisfactorias.

Tanto la delegación americana como la inglesa reconocían, según Bullitt, que la paz con Rusia era necesaria, y por consiguiente, después que fracasó lo de la conferencia de Prinkipos, Lloyd George y el Coronel House se pusieron de acuerdo para celebrar una reunión especial en Febrero 24, en la cual habían convenido derrotar a Clemenceau por mayoría de votos si seguía oponiéndose a que se negociase la paz con los Soviets. En Febrero 19 Clemenceau fué herido, se suspendió la reunión acordada y en su lugar se resolvió que Bullitt fuese a Rusia.

Las proposiciones del Coronel House a los Soviets

Bullitt llevaba consigo al salir para Rusia las proposiciones que el Coronel House había redactado para una inteligencia con los bolshevistas. Estas proposiciones eran, en extracto, las siguientes:

1.—Que América daría por terminada su lucha en Rusia si los bolsheviquis lo hacían también.

2.—Que América trataría de que todos los aliados adoptaran la misma actitud.

3.—Que las tropas aliadas se retirarían mediante la garantía de que no habría repre-

salias ni contra-revoluciones por parte de los bolsheviquis.

4.—Que las relaciones económicas se reanudarian, sin favoritismo alguno a favor de ninguno de los partidos rusos.

5.—Que aunque no era necesario, se consideraba conveniente obtener el compromiso del Gobierno de los Soviets de que respetaría la deuda extranjera rusa.

Las condiciones dadas a Bullitt por Philip Kerr, Secretario confidencial de Lloyd George, a nombre del Gobierno inglés, poco antes de salir de París, eran casi idénticas a las del Coronel House.

Bullitt habló de sus esfuerzos para hacer públicas las proposiciones de los Soviets—que casi constituían una aceptación literal de las inglesas y americanas—pero nada pudo lograr en este sentido. "Preparé—dice—un sumario para los periódicos de mis impresiones en Rusia y de las proposiciones de los Soviets, pero ningún miembro de la Comisión americana quería asumir la responsabilidad de autorizar su publicación. Se le consultó al presidente Wilson y contestó que él no quería que se le diese publicidad en aquel momento."

Bullitt relata las numerosas gestiones que hizo para lograr una entrevista con el Presidente a su regreso de Rusia y la casi increíble indiferencia mostrada entonces por Mr. Wilson. "Era sumamente difícil—agrega—lograr que el ánimo del Presidente se fijase en este asunto. El Coronel House hizo arreglos para que yo le pudiese ver la noche después de mi regreso; pero cuando llegó la hora señalada se me informó que el Presidente no podía verme, porque estaba con dolor de cabeza. El día después, el Coronel House me dijo que el Presidente le había manifestado que la mente suya era de una sola vía (one track mind) y que estaba demasiado ocupado con Alemania para atender a Rusia."

Bullitt leyó ante la Comisión parte de su informe oficial sobre Rusia, incluyendo su fuerte recomendación de que los muy moderados términos de paz de los Soviets se aceptasen como el único medio de asegurar condiciones estables en Europa.

En este informe Bullitt decía en parte:

"La etapa destructiva de la revolución ha pasado y toda la energía del Gobierno se concentra ahora en una intensa labor constructiva. El terror ha cesado.

"Sólo se acusa ahora a algunos sospechosos de movimientos contra-revolucionarios, los que son juzgados por tribunales regulares legalmente constituidos. Las ejecuciones son extremadamente raras. El

buen orden es absoluto. Las calles están tranquilas. No se oyen disparos. Hay pocos casos de hurto. La prostitución ha desaparecido enteramente. La vida de familia no ha sido alterada por la revolución, y lo de 'la nacionalización de las mujeres' era un mito. Los teatros están abiertos y muy bien atendidos. Se han abierto millares de escuelas en todas partes de Rusia y el Gobierno de los Soviets parece haber hecho más por la educación del pueblo ruso en un año y medio que el Gobierno del Zar en cincuenta años.

"La forma de Gobierno de los Soviets está firmemente establecida. El hecho más chocante en Rusia hoy es el apoyo universal que el pueblo le dá al Gobierno, a despecho de la terrible hambre que padece. Y es que el pueblo atribuye toda su miseria y penalidades al bloqueo y a los gobiernos que lo mantienen.

"La principal oposición que se hace a las Soviets proviene de los elementos más radicales. Estos protestan del empleo de personas burguesas en puestos del Gobierno y también contra los esfuerzos de los comunistas para obtener la paz."

El informe de Bullitt terminaba con las siguientes conclusiones que sometía a las Conferencias de la Paz:

1.—Ningún gobierno que no sea un gobierno socialista puede establecerse en Rusia sin el auxilio de las bayonetas extranjeras y cualquier gobierno así establecido será derribado tan pronto se retiren las bayonetas. El ala del partido Comunista que acaudilla Lenin es hoy tan moderada como puede serlo un gobierno socialista cualquiera que aspire al poder en Rusia.

2.—No puede establecerse ninguna paz verdadera en Europa ni en el mundo, sin que se llegue antes a la paz con la revolución rusa. Estas proposiciones del Gobierno de los Soviets presentan una oportunidad de hacer la paz con la revolución sobre bases razonables y justas, y quizás sea esta la única oportunidad.

3.—Si se levanta el bloqueo y se permite que entren provisiones regularmente en Rusia, se logrará una influencia mayor sobre el pueblo ruso que la que presta el bloqueo mismo. Esta influencia será la del temor de que el suministro de provisiones pudiera interrumpirse. Además, los partidos que se oponen en principio a los comunistas, pero que actualmente los apoyan, tendrían entonces oportunidad de luchar contra ellos.

Se fijó el 10 de Abril como la fecha en que los gobiernos aliados habrían de replicar a las proposiciones rusas. Nada se hizo, sin

embargo. Y el día 17 de Mayo Bullitt presentó su renuncia, remitiéndole al Presidente aquella su famosa carta en que le decía que él—Bullitt—había sido "uno de los millones que habían creído ciegamente en su dirección" y terminaba prediciendo que de la paz de París y de la Liga de Naciones el mundo no vería otro resultado que el recrudecimiento de las guerras y conflictos domésticos e internacionales.

El incidente de Mr. Lansing

En Mayo 19, según Bullitt, Mr. Lansing lo llamó a su despacho, y en el curso de la conversación que tuvieron entonces, fué que el Secretario hizo sus declaraciones en contra del Tratado y de la Liga de Naciones. También le declaró Lansing en esta ocasión su creencia de que bajo el Tratado, en la forma en que está redactado, las grandes potencias son las únicas que han podido obtener lo que han querido y que éstas nunca consentirán en innovaciones ulteriores que tengan por objeto beneficiar a las naciones más débiles.

He aquí como comenta «The World» el incidente a que nos venimos refiriendo:

"La opinión de los senadores estaba muy dividida hoy en cuanto a si era o no correcto que Bullitt hubiese revelado las conversaciones que tuvo privadamente con el Secretario Lansing. Muchos le han criticado por haber hecho públicas las opiniones de Mr. Lansing, pero el Senador Moses y otros, que han tenido experiencia diplomática, insisten en que siempre ha sido considerado correcto que un agente diplomático discuta asuntos con su Gobierno.

"Los senadores republicanos creen que las revelaciones de Mr. Bullitt habrán de beneficiar mucho a los adversarios del Tratado, por la gran impresión que han de causar en el sentimiento público. Y harán toda clase de esfuerzos para darle la mayor publicidad a las declaraciones hechas por Mr. Bullitt ante la Comisión.

"Entre los empleados del Departamento de Estado nada se sabe acerca de si el Secretario Lansing le saldrá al encuentro a Mr. Bullitt y negará que expresó opiniones tan contrarias al Tratado y a la Liga de Naciones. Nada hay que induzca a creer, como aseguran los republicanos, que Mr. Lansing presentará su renuncia por hallarse en desacuerdo con su jefe en estos momentos críticos. Se considera cierto que el Presidente y su Secretario de Estado conocían mutuamente sus respec-

tivas opiniones antes de las revelaciones de Mr. Bullitt.

“Los amigos de éste hoy trataban de demostrar que él nunca se mostró deseoso de comparecer ante la Comisión de Relaciones Exteriores y que llegó al extremo de ocultarse en los bosques de Maine para evitar que se le hiciera la citación.

“Pero al mismo tiempo se ha sabido que Mr. Bullitt telegrafió al Senador Lodge, presidente de la Comisión, que él había salido para esta ciudad (Washington) con el objeto de declarar. Inmediatamente que llegó Mr. Bullitt conferenció muy extensamente con el Senador Lodge y ambos estudiaron con cuidado los diversos puntos de los informes en posesión de Mr. Bullitt. Se convino luego en que el Senador Knox dirigiera el interrogatorio de los testigos, por estar ausente el Senador Johnson de California, que era el encargado del contra-interrogatorio.”

Entre los estudiantes del Perú prende el nuevo espíritu

De un periódico del Perú tomamos la noticia de que los estudiantes de la Universidad de Lima se levantaron en huelga en señal de protesta contra los viejos métodos de enseñanza y contra las prácticas e ideas demasiado anticuadas de algunos de los catedráticos.

La Federación de Estudiantes celebró un mitin el día 5 de Agosto, a consecuencia del cual se llevó a cabo una manifestación muy bien organizada que se detuvo frente a la casa del doctor Javier Prado y Ugarteche, Rector de la Universidad de Lima. Allí tomó la palabra uno de los estudiantes en representación de sus compañeros y expuso al doctor Prado los motivos y fines de la huelga.

El doctor Prado y Ugarteche respondió afirmando sus grandes simpatías por la juventud y reconociendo que en este momento de transformación universal incumbía al Perú entrar resueltamente en el camino de la reconstitución y proceder sin demoras a la reforma de sus instituciones económicas, políticas, morales e intelectuales, y muy especialmente la de su sistema de educación nacional.

De casa del doctor Prado, la manifestación siguió hasta la Plaza de Armas, deteniéndose bajo los balcones de la Casa de Gobierno, Pocos minutos después el nuevo Presidente Leguía apareció en el balcón. Entonces uno de los estudiantes se dirigió a él en una breve oración y solicitó el apoyo del Gobierno,

especialmente el del señor Leguía, como Jefe del Estado y maestro de la juventud, terminando con estas palabras: “El dilema no es más que éste: o la Universidad se reforma o la Universidad perece.”

El señor Leguía respondió a los manifestantes en un discurso en que manifestó que sentía mucho que el antiguo Gobierno no hubiera respondido pronto a la primera petición de los estudiantes; que ya él había declarado en otras ocasiones cuán hondamente simpatizaba con las ideas de los estudiantes; que el dilema en que estaban colocados solo podía resolverse de una manera, con la supervivencia de la Universidad, lo cual significaba la necesidad de adoptar métodos de educación modernos y prácticos y la eliminación de todos los profesores negligentes o ineptos; que dentro de estos límites él estaba dispuesto a contribuir con el mayor placer al logro de los fines de la huelga; que debían mantener una actitud ordenada, y finalmente, que debían nombrar una comisión, integrada por elementos extremistas, moderados y conservadores de entre ellos, para entrevistarse con él y juntos estudiar la mejor manera de resolver el problema.

Este discurso del señor Leguía fué acogido con grandes demostraciones de entusiasmo. La manifestación siguió entonces hasta la oficina de la Federación de Estudiantes, donde el doctor Carlos Enrique Paz Soldán les dió una conferencia acerca del movimiento que habían iniciado y de su significación para el desarrollo y progreso de la cultura general del Perú.

CUASIMODO se apresura a felicitar cordialmente a la brillante y progresista falange estudiantil del Perú, que tan gallardamente se dispone a actuar en obediencia a los dictados renovadores de los grandes espíritus precursores de esta época de liquidación de un bárbaro sistema social en bancarota. Ojalá que el Presidente Leguía, que inicia su gobierno con tan enorme caudal de popularidad, quiera dar el ejemplo, desde el sitio eminente que ocupa, de inspirarse sin regateos ni tibiezas en el hermoso espíritu reparador de la época presente.

El provecho que saca Rumania del bolshevismo

Los acontecimientos que han tenido lugar en Bessarabia demuestran hasta qué punto Rumania está sacando partido del negocio a que se ha dedicado últimamente como barrendera del bolshevismo. Bessarabia era una provincia rusa desde el año 1812 y después que los Soviets subieron al poder en Rusia,

Rumania, que colinda por el Norte con dicha provincia, invadió toda la parte Sur de la misma, previa declaración de que llegaba allí con la exclusiva misión de impedir que se espereciera el bolshevismo. Tanto el General Presan, Jefe del Estado Mayor del Ejército rumano, como el General Bopeseo, Comandante en jefe, lanzaron muy elocuentes proclamas en Enero y Febrero de 1918 en las que declaraban "que las tropas serían retiradas tan pronto como eliminasen el bolshevismo y la ley y el orden quedaran restablecidos en la provincia."

Pero, después de eliminado el bolshevismo y establecido el imperio de «la ley y el orden» a gusto del invasor, Rumania muy floja de memoria para sus promesas, olvidó tan pronto las contenidas en sus proclamas, que proclamó formalmente la anexión de todo el territorio de Bessarabia, a pesar de que esta región nunca había estado en poder de los rumanos. Hace poco los habitantes de Bessarabia enviaron delegados a las Conferencias de la Paz, para protestar contra este acto de escalamiento, y las noticietas que daban estos delegados de la clase de ley y orden establecida por los rumanos eran para aterrar a un guardia civil. El ejército rumano, decía los delegados, ha suprimido los zemstvos rusos y los municipios y ha obligado a todos los habitantes a declarar su adhesión a Rumania bajo pena de confiscarles los bienes. Muchos de los miembros de la Asamblea Popular fueron ejecutados por orden del alto comando rumano y el número de miembros de esta misma corporación fué reducido, de 162 que eran antes, a 46, a fin de que sólo tuvieran asiento aquellos delegados dispuestos a obedecer ciegamente las órdenes rumanas. Y todo esto para llevar a cabo la sacrosanta misión de suprimir el bolshevismo.

Sabemos por el «New York Times» que "los representantes de los poderes aliados en París se manifiestan muy decepcionados en este asunto, por no decir disgustados." Pero, hasta la fecha, estos reverendos farosones de mar y tierra ni siquiera se han dignado protestar públicamente contra el vandalismo de Rumania en Bessarabia, solo comparable al que hemos visto desarrollarse en Hungría. ¡Vaya con la aprovechada ahijadita del Consejo Supremo!

La prensa japonesa y las atrocidades en Corea

Los periódicos del Japón habían estado guardando un extraño silencio acerca de los

sucesos de Corea. Pero ahora sabemos la causa de este silencio. Varios periódicos japoneses han declarado que aunque las noticias de los disturbios de Corea no caían estrictamente bajo la censura, ellos, los periódicos, habían recibido una insinuación oficial de que no era deseable la publicación de dichas noticias. Una insinuación por parte de las autoridades japonesas, ya nos podemos figurar cómo será, y así se explica que ningún periódico hablase por tanto tiempo. Pero, en las primeras semanas de Agosto, periódicos tan importantes como el «Jiji» y el «Asahi» han venido publicando una serie de artículos que indican hasta qué punto estos órganos de la opinión aprecian los defectos del sistema actual.

Dice el «Jiji»:

"¿Cómo se explica esta agitación independentista de Corea? El error fundamental es el régimen militarista, el gobierno del sable. La idea de convertir a los coreanos en japoneses patriotas por medios educativos ha dado lugar a grandes abusos. La mayor parte de los maestros de escuela son ex-soldados. Estos maestros usan su espada al cinto en el salón de clase, práctica desconocida en cualquier otro país. Y a muchos jóvenes coreanos que vinieron a Tokio a terminar su educación se les castigó por hablar en el idioma coreano.

"Los coreanos que sirven puestos públicos reciben salarios inferiores a los japoneses empleados con el mismo rango. De los diez millones de «yens» pagados en salarios a los empleados del Gobierno, los empleados japoneses reciben un ochenta o noventa por ciento; el resto se emplea para pagar sueldos ínfimos a un gran número de coreanos."

Y el mismo periódico japonés continúa diciendo que no sólo oficialmente es dura la conducta de los japoneses, sino que aun en la esfera privada éstos cometen numerosos actos de fraude y de crueldad. El «Jiji» relata el caso de un comerciante japonés que ató a una mujer acusada de hurto de un árbol y luego azuzó a un perro contra ella.

Los casos de fraude son también muy curiosos. Según el periódico en cuestión, es muy corriente la práctica de prestar pequeñas sumas de dinero con garantías valiosas y quedarse con la garantía sin más formalidades. En cierta ocasión, un préstamo de éstos se vencía a las doce de un día dado. El deudor coreano se presentó a pagar unos minutos antes de las doce, pero el acreedor japonés, muy tranquilamente, sacó su reloj, y lo puso en la una; alegó que el plazo había expi-

rado.... y se quedó sin más ni más con la prenda empeñada!

Estos casos de bandolerismo no tendrían gran importancia si se pudiera obtener algún remedio por la vía judicial, pero el «Jiji» declara que en pleitos entre coreanos y japoneses los tribunales proceden siempre con una manifiesta parcialidad en favor de los últimos.

Uno de los últimos artículos de la serie que viene publicando el «Jiji» constituye una severa denuncia de la indiferencia del público japonés, diciendo: «Muchos japoneses educados de la península están enterados de estos hechos, pero guardan silencio. Aun en Tokio no ha habido ningún mitin de protesta contra los actos vandálicos cometidos en nuestro nombre en Corea: los políticos, los partidos y los magazines han mantenido ocultos los hechos. Si esto sigue, el Japón será considerado por los países extranjeros como un pueblo cuya moralidad es tan baja que se inclina servilmente ante el militarismo y está dispuesto a seguir las huellas de Alemania.»

CUASIMODO al llegar aquí llama aparte a su colega «Jiji» y le dice al oído:

«Pero, amigo y compañero, ¿de qué nido se ha caído usted que se alarma tanto ante lo que puedan pensar los extraños de su país por esos atropellos de Corea? Vaya, amigo, cálmese. ¿Usted no ve que por acá, por el Oeste, las grandes potencias, que andan de bracete por ahí con el Japón, no solo no han dicho ni dirán nada, sino que hasta se sentirían lastimadas, y con razón, en su amor propio si vieran que el Japón no las imitaba en eso de los atropellitos diarios contra los que caen aquí y allá debajo de su ilustre sable? Ahora, que si el Japón fuera una nación débil... entonces sí que se armaría la gorda y tendría que dar estrecha cuenta ante el Supremo Consejo a la menor falta de respeto que cometiera con la más minúscula pulga de sus dominios.»

La agitación obrera en el Japón

Un despacho de Tokio de fecha 10. de Agosto, demorado por la censura, aparece en el «London Times» de Agosto 11, dando cuenta de que por la primera vez en la historia de la prensa de Tokio los periódicos suspendieron su publicación el día 10. de Agosto a consecuencia de que los tipógrafos se habían declarado en huelga. El despacho añade:

«La situación es sintomática de la agitación obrera que se extiende también por

este país, solicitándose con insistencia más altos jornales, menos horas de trabajo y días festivos más frecuentes. Es probable que la actitud del Gobierno, que se niega a reconocer las uniones obreras y a la concesión de toda clase de derechos similares a los que gozan los trabajadores en el resto del mundo, influya en precipitar una crisis. La causa principal de la agitación es el excesivo aumento de los precios y la incompetencia del Gobierno para aminorar los abusos de los agiotistas.»

Otra gran derrota del gobierno en Inglaterra

Otra demostración de la debilidad del Gobierno de Lloyd George frente a las grandes olas de opinión que le combaten, la encontramos en las elecciones parciales celebradas recientemente en Widnes, en las que el candidato del Gobierno para un puesto vacante en la Cámara de los Comunes quedó derrotado por el candidato del partido laborista, el conocido líder obrero Arthur Henderson.

Henderson calificó su elección «como una sentencia condenatoria de la política del Gobierno de coalición y de las tortuosas combinaciones imperialistas que éste ha puesto en práctica después de la guerra. Creo—dijo—que la demanda—que acaban de hacer las organizaciones obreras—de la acción política directa contra el Gobierno, tiene su origen en el hecho de que el parlamento actual no se considera ya como representante de la nación, siendo así que está dominado enteramente por influencias reaccionarias. Esto ha envuelto al país en procedimientos que constituyen una negación de la democracia, como ha quedado demostrado en nuestra conducta con Rusia, con Hungría, y aun, en nuestra misma casa, con Irlanda, donde la situación es cada día más grave. Esta elección de Widnes es un aviso que el Gobierno no puede por más tiempo desoír.»

Se considera, en virtud de los últimos acontecimientos, que Lloyd George no tendrá más remedio que convocar muy pronto para unas elecciones generales.

El Congreso de Uniones Obreras

Por el voto abrumador de 4,478,000 contra 77,000, el gran Congreso de Uniones Obreras de Inglaterra aprobó la resolución de demandar del Gobierno la nacionalización de las minas y una participación efectiva de los mineros en la dirección de la industria.

Robert Smillie, el famoso líder de los mineros, declaró en el Congreso que la lucha de los obreros en pro de la nacionalización de todas las industrias, no terminaría por la sola compra de las minas por parte del Es-

tado; que la lucha abarcaba un radio mucho mayor y no pararía hasta lograrse que todas las industrias sean nacionalizadas.

Smillie manifestó también que él sabía "que las consecuencias ocasionadas por las huelgas son dolorosas para toda la población, pero que hay momentos en que constituiría un crimen por parte de un miembro de una Unión Obrera el detenerse ante la perspectiva de una huelga encaminada al mejoramiento de la triste condición de los obreros."

Añadió que era seguro que el Gobierno rechazaría el plan de la nacionalización y que dentro de dos meses el Congreso de Uniones Obreras se vería obligado a reunirse en sesión extraordinaria para resolver el conflicto planteado con el Gobierno.

También triunfó en el Congreso una proposición de Williams, líder de los empleados en las líneas de transporte, acerca del Tratado de Paz. El Congreso de las Uniones Obreras aprobó por una abrumadora mayoría la resolución de exigir "una revisión total de las duras cláusulas del Tratado, que están en contradicción abierta con las declaraciones hechas a nombre de los aliados en la fecha del armisticio." En este importantísimo debate, William, refiriéndose al Ministro Winston Churchill, lo calificó de "el taurino de Gallipoli" y "Napoleón en miniatura," por su obstinada política de agresión contra los trabajadores rusos.

El manifiesto de Lloyd George

La mejor señal de que el cielo político se le está encapotando demasiado al célebre Primer Ministro, es el hecho de que, olvidándose de que en las últimas elecciones se manifestó francamente imperialista, prometiendo al pueblo grandes indemnizaciones de Alemania, el castigo del Kaiser y enorme expansión territorial de Inglaterra, ha hecho público un "mensaje al pueblo", en el que rebosa un sentimiento democrático tan exaltado, que deja tamañito a Lenine.

He aquí el mensaje, que dirige especialmente a la juventud:

"Millones de bizarros jóvenes han luchado por el nuevo mundo. Cientos de miles murieron por inaugurararlo. Si dejamos de honrar la palabra que les dimos, nos deshonoramos a nosotros mismos.

"¿Qué significa el nuevo mundo? ¿Qué era lo que el viejo mundo significaba? Era un mundo donde el trabajo de millones de honrados trabajadores, mujeres y hombres, no tenía otra compensación que la miseria, la penuria, la ansiedad, la degradación; un mundo afecado por tugurios nauseabundos, deshonrado por el trabajo extenuan-

te, y donde la falta de empleo traída por las vicisitudes de la industria significaba la desesperación para multitud de hogares humildes; un mundo donde, juntamente con la carencia de todo para los más, se advertía el derroche de las inagotables riquezas de la tierra, parte por ignorancia y falta de previsión, parte por un atrincherado egoísmo.

"Si nosotros continuamos sosteniendo el mundo viejo, le hacemos traición a todos los que murieron heroicamente y seremos culpables de la más baja perfidia que ennegreció jamás la fama de un pueblo. Más aun, habremos preparado la ruina futura de nosotros mismos y de nuestros hijos.

"El viejo mundo tiene que perecer y perecerá. Ningún esfuerzo puede hacerle subsistir por mucho tiempo. Si hay alguien que se sienta inclinado a seguirlo defendiendo, que tenga cuidado, que puede que caiga sobre su cabeza y sobre su hogar y sus hijos, al derrumbarse para siempre.

"Debe constituir un deber sublime para todos, sin el menor pensamiento partidista, el ayudar en la obra de la erección del nuevo mundo, en que el trabajo ha de tener su verdadera recompensa y sólo la pereza y el ocio serán condenados."

¡Oh, si este hombre que habla de tal suerte ahora, cuando su autoridad y su prestigio de gobernante se bambolean, hubiese mantenido los bellos ideales aquí expresados en el momento en que él y Mr. Wilson tuvieron en sus manos las riendas del mundo, con qué sentimiento de simpatía fervorosa le estaría a estas horas aclamando la parte sana de la humanidad! Pero él—como muchos antes que él—cometió la funesta equivocación de creer que la fuerza estaba del lado de los que vociferaban más, de los que al parecer lo podían todo porque tenían en sus manos dinero y ejércitos. No era así. No fué nunca así. Lo negativo, lo regresivo, lo que conduce al odio, a la venganza, a la rapiña y a la muerte, tiene que perecer tarde o temprano en el seno de una humanidad que lleva en su sangre el verbo de Tolstoy, de Ibsen, de Whithman, de Jesús y de los grandes sembradores de amor y de vida. Estos faros espirituales podrán no verse de momento, pero estos faros guían....

El plan Plumb contra el plan Cummins

Dada la extraordinaria notoriedad que dentro y fuera de los Estados Unidos ha adquirido la proposición de los trabajadores ferrocarrileros que lleva el nombre de «Plan Plumb», creemos conveniente decir algo acerca de los rasgos esenciales de esta proposi-

ción. Desde luego, casi puede asegurarse que dicho plan no será jamás adoptado por el Congreso de los Estados Unidos, pues se le considera allí como un caso de bolshevismo extremo. Y frente a él ha surgido el plan del Senador Cummins que es hasta donde más lejos puede esperarse que vaya el actual Congreso en materia de reformas en el manejo de la industria.

Los accionistas de las compañías ferrocarrileras han estado clamando por un mínimo del seis por ciento de beneficios y un máximo ilimitado como la condición única que haría posible el logro del capital suficiente para los ferrocarrileros. Pero el Senador Cummins echa todo esto a un lado como políticamente imposible y presenta un plan que, aunque envuelve reformas bastante avanzadas en relación con el criterio cerrado de los accionistas y conservadores en general, difiere esencialmente del plan Plumb en el hecho de que está basado en principios estrictos de capital privado y lucro individual. Lo bueno que tiene este plan del Senador Cummins es que simplifica por su claridad, de una manera notable, el asunto, haciendo que hoy día la cuestión quede reducida a escoger entre su plan y el plan Plumb.

Como la cuestión ferrocarrilera no es cuestión de aquí ni de allá, sino de todas partes, bueno es tener idea, aunque sea sumaria, de los dos puntos de vista que representan estos dos proyectos: El Senador Cummins propone que los ferrocarriles sigan siendo, como hasta aquí, propiedad privada, consolidándoles, sin embargo, en unos veinte o treinta distintos sistemas, para así conservar la competencia tanto como sea posible. Su plan establece una Junta de transportes compuesta de cinco miembros, que habrán de ser nombrados por el Presidente, entendiéndose que la actual «Comisión Nacional de Comercio» continuará en funciones. Estos dos cuerpos controlarán todo lo referente a capitalización, fletes, salarios, y a la distribución entre el personal de los beneficios netos, después de descontar una ganancia razonable sobre el valor real de la propiedad, según resulte de la tasación de la «Comisión Nacional de Comercio». Crea también este plan una Comisión intermedia de salarios, compuesta de los jefes de las compañías y de los trabajadores, y a cambio de la distribución de beneficios que establece entre los empleados, prohíbe en absoluto las huelgas y los paros (lockouts).

Bajo el plan Plumb, por otra parte, el Gobierno, por medio de una emisión de bonos, compraría los ferrocarriles, según tasación hecha por los tribunales. Las vías serían ope-

radas, con arreglo a un sistema uniforme, por una directiva de quince miembros, cinco de los cuales serían nombrados por el Presidente, otros cinco por el personal ejecutivo de las líneas y otros cinco por los trabajadores comunes. La tarifa de fletes sería fijada por la Comisión Nacional de Comercio, de tal manera que produjera sólo para cubrir el costo del servicio, y cualquier suma sobrante, después de cubrir gastos hasta la suma que fuese necesaria para aumentar gradualmente la eficiencia del servicio, sería dividida por partes iguales entre el Gobierno y el personal ferroviario. Y si la parte del Gobierno excediese en cualquier año del cinco por ciento de los rendimientos brutos del servicio, la tarifa de fletes sería automáticamente reducida hasta absorber una suma igual a la porción del Gobierno.

El plan Cummins trata de mantener los beneficios al capital como el incentivo primario para asegurar la mayor eficiencia, si bien la restricción de los dividendos a un «rendimiento razonable» del capital (oficialmente reconocido como invertido en el servicio) constituye una limitación fuerte del incentivo clásico del lucro individual. El plan Plumb, por el contrario, echa a un lado todo lo que sea capital particular en la industria. Como incentivo para la producción, Plumb propone lo que él llama «un dividendo al trabajo». Este dividendo para el trabajo lo hace él dependiente de la eficiencia progresiva de la industria y de la reducción en los gastos; pero como base primordial él trata de sustituir la idea del «beneficio al capital» con la idea del «servicio público» como la fuerza motriz industrial por excelencia. Otro contraste entre los dos sistemas es que Cummins eleva el control burocrático del Gobierno a su más alta expresión, en tanto que Plumb trata de reducirlo si es posible a cero. Los jefes de las líneas ferroviarias, y muy especialmente los financieros, se han venido quejando durante una década de que la reglamentación del Gobierno se ha ido extendiendo tanto que les ha imposibilitado el asegurar la mayor eficiencia y especialmente el atraer el capital necesario. A esto responde el Senador Cummins elevando al máximo el supuesto mal del control burocrático. En realidad, lo que deja en las manos de un Presidente de ferrocarril no se reduce a otra cosa que a tratar de evitar que su compañía deje de obtener el rendimiento razonable que se le permite sacar. El plan Plumb, de otro lado, intenta prácticamente acabar con el control del Gobierno. Es verdad que deja en vigor los poderes de la Comisión Nacional de Comercio en lo relativo a precios, y también

el poder del Presidente para el nombramiento de cinco miembros de la Junta Directiva, pero el proceso de fijar los precios de transporte se convierte en esencia en la fijación de un impuesto de transporte y los diez directores escogidos por la industria pueden siempre derrotar con sus votos a los cinco representantes del Gobierno. Se objeta a esto que en consecuencia de esta última cláusula el personal ferrocarrilero quedará con poder discrecional para fijarse su propio salario. El Senador Cummins, en resumen, apela a un sistema de Gobierno burocrático de la industria para proteger al público contra la codicia de los capitalistas y la de los trabajadores también. En cambio Mr. Plumb deja fuera al capitalista, como tal, de toda conexión con la administración del ferrocarril, y apela a un nuevo incentivo, a un nuevo tipo de organización y a una nueva democracia industrial para asegurar la eficiencia y precaverse contra las exacciones de los mismos trabajadores.

Y de esta segunda diferencia surge una tercera y es la siguiente: El Senador Cummins en su confianza en el Gobierno propone prohibir las huelgas y reprimirlas por todos los medios de que disponga el Estado. Mr. Plumb, en su confianza en el pueblo, propone confiarse a la acción voluntaria del mismo personal ferrocarrilero.

Los obreros han manifestado general indignación ante el plan Cummins, mientras que por su parte los capitalistas no cesan de derramar sobre Plumb una constante lluvia de mal sonantes epítetos que van rápidamente agriando los ánimos e imposibilitando toda transacción.

La prensa radical americana y la intervención en Méjico

Ley y orden en Méjico

(Del "New York Call")

«Siempre hay la misma frase en los labios de todos aquellos que tienen entre manos alguna empresa imperialista, bien sea en nombre de alguna dinastía, bien a iniciativa de un grupo capitalista, bien se trate de contrarrevolucionarios o de concesionarios. La intervención en otro país se disfraza siempre bajo el lema de «ley y orden».

El presidente Kahn, de la Comisión de la Cámara de Representantes para asuntos militares, usa hoy la misma frase al abogar por la invasión de Méjico. Al leer las frases de este caballero, nadie sospecharía que hay olor a petróleo en su proposición. Cuando el rey Ludwig de Baviera acompañaba las tropas alemanas que invadieron a Rusia,

después de «la paz de bandidos» impuesta en Brest Litovsk, declaró que los alemanes «estaban actuando en beneficio de las gentes amantes de la ley y del orden en todos los países». Cuando las fuerzas alemanas invadieron Finlandia, complaciendo los deseos de los jingoistas finlandeses, los alemanes anunciaron que iban allí «a establecer el orden». Koltchak está haciéndole guerra a la Rusia de los Soviets con no otro fin que el de «establecer el orden». Los rumanos se apoderaron de Budapest con la misma santa intención. Rumania había recientemente anunciado que ella se uniría a las fuerzas aliadas, con el mismo objeto, en Rusia. Inglaterra intervino en Egipto para «restablecer el orden». Francia envió tropas a Marruecos para realizar la misma cosa.

Por todas partes estos intervencionistas de todas clases enamorados del orden son impulsados por el mismo motivo. Sin embargo, ninguno de ellos se satisface con realizar el objetivo primordial. Inglaterra está todavía en Egipto, Francia está todavía en Marruecos y los rumanos están todavía en Hungría. Los alemanes estarían todavía en Finlandia y en Rusia si el militarismo alemán no hubiera caído. Los aliados permanecerán en Rusia si la intervención prospera. Los japoneses permanecen en Corea y todavía están luchando allí para mantener el orden.

Estos intervencionistas no desean territorios ni concesiones, pero lo que ellos no mencionan nunca antes de la invasión es precisamente lo que toman siempre, después que la cosa está hecha. El restablecimiento de la ley y el orden es la excusa del ladrón que desea tomar posesión de los artículos del prójimo bajo el pretexto de enseñarle a portarse bien.

Méjico es todavía un país de escasa población. Tiene menos de 16 millones de habitantes. Nuestra frontera occidental en 1850, cuando teníamos una población de 20 millones, estaba infestada de bandidos, lo mismo que está Méjico ahora. Cuando Méjico esté tan densamente poblado como los Estados Unidos, podrá acabar con todos sus bandidos, de igual modo que pudo este país. Si hubiera habido una región poblada contigua a nuestras fronteras occidentales y gobernada por otra nación en 1850, esa nación hubiera tenido la misma excusa para invadir a los Estados Unidos que Kahn y los militaristas invocan ahora en Méjico. En el nombre de «la Ley y el Orden», ese supuesto Gobierno extranjero hubiera tenido muchísima razón, según los Kahns, para invadir y anexarse el territorio que se extien-

de desde las Montañas Rocosas hasta el río Mississippi.

Pero claro que no es la Ley y el Orden lo que atrae a los intervencionistas americanos en Méjico. Es el petróleo, el carbón, el cobre, el oro, el sisal, la plata y otras muchas cosas muy suculentas que han quitado el sueño a muchos explotadores extranjeros en aquel país."

Bueno para Italia y malo para Austria

La respuesta del Consejo Supremo al Austria constituye un ejemplo más de las contradicciones deliciosas que nos viene presentando la política de embudo del Consejo Supremo. "Con respecto al Tyrol—dice el Consejo Supremo en su citada contestación al Austria—los aliados han actuado teniendo en cuenta el hecho de que durante décadas el pueblo italiano ha venido sufriendo de la amenaza deliberadamente llevada al corazón mismo de su país por la retención, en manos austro-húngaras, de fuertes posiciones militares dominando las llanuras italianas." Y basándose, en favor de Italia contra Austria, en la «importancia vital» de las fronteras estratégicas, el Consejo Supremo le cedió a Italia la línea que ésta "por tanto tiempo venía deseando."

Pero, a renglón seguido en la misma nota, el Consejo Supremo declara: "los Poderes aliados y asociados se permiten recordar a los delegados austriacos que el Tratado de Paz contiene cláusulas especiales para la protección de pequeñas comunidades tales como la nueva Austria. En adelante, no volverá a ser posible para los imperios fuertes amenazar impunemente la vida económica y política de las naciones vecinas menos fuertes." Lo cual, reducido al lenguaje corriente, no quiere decir sino que los imperios fuertes necesitan fronteras estratégicas... y las tendrán. Mientras que las naciones pequeñas... se atenderán a las garantías de la Liga de Naciones, de esa misma Liga en que las naciones grandes no ponen ni un átomo de confianza.

Realmente, es sainetesco este Consejo Supremo en sus decisiones culminantes. En lugar de creer necesario que las naciones débiles queden protegidas contra las fuertes por fronteras estratégicas, proclama, sin ningún rubor, el principio contrario, esto es, la protección, mediante fronteras estratégicas, ¡¡de las naciones fuertes contra las débiles!!

El asunto de Fiume

Los que tenemos el afán que del mezquino principio nacionalista, engendrador de estúpidas rivalidades, odios y contiendas, se pase

pronto al amplio principio universalista—que no vé en las divisiones geográficas más que accidentes de residencia y no mira en el hombre el punto donde nació por azar sino su valor como individuo—no podemos simpatizar con arrebatos de patriotismo nacionalista de la índole del que indujo últimamente a D'Annunzio a proclamar la anexión de Fiume a Italia, a ciencia y paciencia del Gobierno de Italia y de los cojijuntos espantajos del Consejo Supremo. Desde este punto de vista, la epopeya dannunziana en Fiume es sólo un episodio más o menos pintoresco del viejo concepto patrioteril de la vida que inflama la brillante imaginación del poeta—y, por consiguiente, lo contempláramos con la misma indiferencia con que hemos visto las diarias trifuleas que el nacionalismo viene encendiendo en Europa.

Pero... somos humanos y confesamos que basta que el incidente de Fiume represente, como parece representar, una mosca más en la venerable nariz del Consejo Supremo, para que nos alegremos de la calaverada bélica de D'Annunzio.

Juzgando de las cosas con el mismo criterio venterilmente nacionalista que puso en práctica el Gran Consejo, nos parece que ni siquiera en el reparto de despojos ha sabido proceder con equidad el dichoso triunvirato. Al paso que a Inglaterra se le han dado, o permitido, las mejores presas y se ha tratado a Francia con casi la misma liberalidad, a Italia se le ha regateado todo, olvidándose de los inmensos sacrificios que le cuesta la guerra. Mucha manga ancha para los unos y mucho puritanismo para los otros. Ya hemos visto las barrabasadas que se le vienen consintiendo a Rumania, sólo por la cuenta y razón que les trae su amistad a los zorros del imperialismo francés. Pues bien, puesto que hasta la fecha sólo los actos de fuerza, los hechos consumados, por vandálicos que sean, son los que han reconocido los Faraones, creo que han hecho bien D'Annunzio y los suyos en no hacer caso de las pragmáticas del Consejo. Una vez en Fiume, el Consejo no tendrá más remedio que proceder con ellos con la misma indulgencia que ha mostrado hacia otros actos de fuerza de rumanos, polacos, zechecoslovakos y demás ahijados—o disponerse, por primera vez, a volver por los fueros de su autoridad. Y en este caso, mientras menos políticos italianos influyentes queden del lado del imperialismo (con lentejuelas democráticas) del Consejo, más pronto tendríamos al cálido y vibrante pueblo italiano en la acera de enfrente, esto es, en las filas de los pueblos resueltos a ensayar un nuevo tipo de democracia en Europa